

LOS MÉTODOS PEDAGÓGICOS DE COSTA UN BALANCE

VÍCTOR JUAN BORROY

Las ideas pedagógicas de Joaquín Costa derivan de su propia experiencia pedagógica, de las oportunidades educativas que él tuvo, de la escuela que padeció, de la universidad que le tocó vivir, de su rica reflexión sobre las necesidades de la sociedad del momento. Joaquín Costa no hizo estudios formales sobre educación, aunque desde siempre demostró una preocupación educativa, una preocupación por el bienestar de los individuos, por el progreso del país, por la libertad de las personas. Joaquín Costa supo que ese camino hacia el progreso, la justicia y la libertad se recorría mediante la educación.

En este breve texto analizaré primero la educación en el tiempo de Joaquín Costa, el sistema educativo que él disfrutó y padeció. Destacaré las oportunidades que Costa tuvo de estudiar en las nuevas instituciones docentes que comenzaron a funcionar a mediados del siglo XIX: los Institutos Generales y Técnicos y las Escuelas Normales de Maestros, ya que Joaquín Costa obtuvo los títulos de maestro y de bachiller en estos centros durante su estancia en Huesca. Después destacaré algunas de las ideas pedagógicas de Costa derivadas, fundamentalmente, de su propia experiencia y de su pensamiento crítico y, para concluir, esbozaré un balance de la vigencia de las propuestas de Costa que me permitirá plantear algunos de los retos educativos que tenemos ante nosotros.

LA EDUCACIÓN EN EL TIEMPO DE COSTA

El sistema educativo español se gestó durante las primeras décadas del siglo XIX. En la Constitución de 1812 se dedicó el Título IX a la Instrucción Pública. Posteriormente, se diseñaron algunos planes y programas que no se llevaron a la práctica por la abolición del régimen constitucional y la persecución de los liberales que tuvo lugar bajo el reinado de Fernando VII. Hay que esperar

a 1857 para que se apruebe la primera ley de instrucción pública, conocida como la Ley de Moyano, donde se establecía la obligatoriedad de asistencia a la escuela entre los seis y los nueve años y se dejaba este nivel bajo la responsabilidad de los Ayuntamientos. Que la Ley de Moyano estuviera vigente hasta la aprobación de la Ley General de Educación de 1970 es una muestra de la escasa importancia que se concedía a la educación de todos.

En las escuelas públicas, concebidas para niños sin recursos, lo más importante era la enseñanza de la doctrina cristiana, la iniciación a la lectura, el manejo de las cuatro cuentas aritméticas y la enseñanza de la escritura mediante copia de modelos.

A mediados del siglo XIX se crearon las Escuelas Normales de Maestros –una para maestros y otra para maestras en cada capital de provincia– y la formación del magisterio mejoró sensiblemente, aunque la dependencia económica de estos profesionales de los Ayuntamientos les condenó a sufrir estrecheces perpetuas¹. Como resultado de tanta miseria el magisterio se convirtió en una profesión desprestigiada y el maestro en un personaje objeto de burlas en sainetes. Andrés Manjón, fundador de las Escuelas del Ave María, nacido en noviembre de 1846, en el mismo año que Joaquín Costa, y que asistiría a una escuela similar a la que pudiera padecer Costa, escribió unas detalladas memorias sobre su infancia. Al recordar a su maestro, describe todas las carencias que soportaba y los distintos oficios que reunía para sobrevivir:

Como la dotación era escasa, el señor maestro reunía varios cargos y oficios, con los cuales medio vivía, pues era Maestro de Escuela, Sacristán, Cantor, Campanero, Relojero, Barbero, Carpintero, Cazador, Pescador, Secretario, Amanuense y Lector de familias y soldados y el *Factotum* del Pueblo, todo con letras mayúsculas y minúsculas retribuciones².

El Museo Pedagógico de Aragón ha publicado recientemente una edición facsímil de las memorias de Valero Almudévar³, un maestro nacido en 1843 en

¹ Esta mísera época fue reconstruida por Fermín Ezpeleta a través de una selección de artículos periodísticos escritos por maestros. EZPELETA AGUILAR, Fermín, *Crónica negra del magisterio español (1875-1900)*, Madrid, Grupo Unison Ediciones, 2001.

² MANJÓN, Andrés, Edición Nacional de las obras selectas de don Andrés Manjón. IX *Discursos de las Escuelas laicas. El gitano et ultra cosas de antaño*, Madrid, Patronato de las Escuelas del Ave-María, MCMLV, p. 322.

³ ALMUDÉVAR, Valero, *Páginas originales (memorias de un maestro de escuela)*, Madrid, 1886. Edición facsímil, Zaragoza, Museo Pedagógico de Aragón, 2010. Estudio preliminar y edición a cargo de Víctor Juan y José Luis Melero.

Loporzano y que ejerció desde 1864 hasta 1870 en tres pequeños pueblos del Pirineo aragonés: Luzás, Castanesa y Aniés. Luego dirigió hasta 1874 el Colegio San Vicente de Huesca. Las de Valero Almudévar son las memorias más antiguas escritas por un maestro. Para nosotros son particularmente valiosas porque nos permiten reconstruir la vida cotidiana de los maestros, conocer de primera mano las dificultades que tuvieron que sortear y formarnos una idea precisa de la consideración que tenía la escuela en estas pequeñas poblaciones. Así, cuando el padre del maestro solicitó una escuela incompleta anunciada con una retribución de 92 céntimos de peseta diarios, el alcalde hizo una perfecta descripción del maestro que se encargaba hasta ese momento de la enseñanza:

Era un vecino del pueblo que apenas sabía escribir y que en vez de enseñar a los niños lo poco que él sabía, la mayor parte del tiempo se dormía en la clase, haciendo los muchachos cuanto se les antojaba, jugando y burlándose⁴.

Poco tiempo después de concederle la escuela, el padre del maestro Valero Almudévar simpatizó con el cura y este le nombró sacristán. Luego aceptó la secretaría que le ofreció el alcalde y así, con el producto de los tres empleos, reunió el sueldo suficiente para vivir con desahogo. Como vemos esta situación guarda evidente paralelismo con la descrita por Andrés Manjón.

La escuela se construyó como institución muy lentamente. Manuel Bartolomé Cossío escribió en 1899 que, aunque legalmente se había dispuesto la obligatoriedad escolar cincuenta años antes, cuando terminaba el siglo había dos millones y medio de niños que no tenían plaza escolar. Poco importaba porque, según Cossío, si fueran a la escuela perderían el tiempo, la salud y la inteligencia puesto que los locales eran pésimos y los maestros reunían una formación escasísima⁵.

Puede decirse que durante el siglo XIX se define el esqueleto del sistema educativo español: se sientan las bases de la inspección, se regula la educación de párvulos y la segunda enseñanza, se impulsa la formación del magisterio con la creación de las Escuelas Normales de Maestros, una para cada sexo en cada capital de provincia, y la educación de adultos, pero hasta 1900 no se creó el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Las cifras de escolarización se mantuvieron alejadas de la universalización y el número de analfabetos era

⁴ ALMUDÉVAR, Valero, *Páginas originales*, op. cit., p. 67.

⁵ COSSÍO, Manuel B., «La reforma escolar», artículo publicado en *Revista Nacional*, 31 de octubre de 1899, pp. 321-323.

realmente vergonzante. Aún habría que esperar varias décadas para terminar con el analfabetismo, un lastre del que la sociedad española tardaría en desprenderse de tal manera que el ministro Marcelino Domingo escribió en 1932: «la República heredó una tierra poblada de hombres rotos»⁶. Se refería a la factura que produce el analfabetismo y la incultura. Lamentablemente, en España la educación de todos no le importó demasiado a casi nadie.

LA EDUCACIÓN EN LA VIDA DE COSTA

Joaquín Costa asistió a la escuela en Graus, una escuela en la que un maestro atendía a un grupo muy numeroso de niños de todas las edades que solo iban a clase si no tenían que ayudar en casa o en las faenas del campo. En esta época los niños de cinco años ya se ocupaban de recoger leña, de llevar ovejas o cabras al monte o de llevar la comida a los adultos que trabajaban en el campo. Al recordar su infancia, Costa escribió que ya entonces le consumía un deseo infinito de saber y se lamentaba de no haber contado con la ayuda y la orientación precisa para haber aprovechado mejor el tiempo:

Qué lástima que mi inteligencia no haya sido dirigida convenientemente de principio [...] de qué me servían las humildes lecciones de la escuela primaria regida por la palmeta, concurrida hasta los 15 ó 16 años. Me asombro al considerar lo que hubiera yo podido aprender desde los 10 a los 22 años si me hubieran dirigido [...]⁷.

Sus compañeros de escuela le decían «afanoso» porque le dolía hasta el tiempo que empleaba en comer. Quería leer permanentemente y leía todo lo que caía en sus manos, libros o librotos. Leía en cualquier parte, en el campo y en la cocina de su casa.

Entre 1863 y 1867 se instaló en Huesca. Llegó a la ciudad para ser criado de Hilarión Rubio. En estos años alternó trabajo y estudio. Se hizo bachiller en el Instituto General y Técnico y se examinó de los estudios de maestro en la Escuela Normal. En la prueba de reválida elemental de los estudios de maestro que Costa superó el 10 de septiembre de 1869, desarrolló el tema «Circuns-

⁶ DOMINGO, Marcelino, *La escuela en la República. (La labor de ocho meses)*, Madrid, M. Aguilar editor, 1932, p. 6.

⁷ CHEYNE, George J. G., «Joaquín Costa y la educación», en GIL NOVALES, Alberto (ed.), *Ensayos sobre Joaquín Costa y su época*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses / Fundación Costa, 1992, p. 128.

tancias que debe reunir un local escuela, muebles y enseres necesarios». Y en el examen de revalida superior celebrado tres días después, el 13 de septiembre, escribió sobre «Importancia y necesidad de la educación en la primera edad de los niños»⁸.

Costa descubrió la importancia de la educación en Graus donde fue tomando conciencia de su capacidad intelectual y, al mismo tiempo, del abandono y de la falta de horizontes que la vida rural y campesina le imponían. Sus padres no estaban preparados para orientarle, ni para valorar lo que una adecuada educación podía representar para un niño. Costa fue consciente de esta realidad y, desde este momento, la necesidad de educar a los padres y de formar adecuadamente al profesorado serán dos aspiraciones que presidirán sus proyectos educativos.

En Huesca se fraguó la oportunidad que más tarde tendría de estudiar Filosofía y Letras y Derecho en la Universidad Central de Madrid, unos estudios que cursó con brillantez y en apenas cuatro años consiguió doctorarse en ambas disciplinas. Una trayectoria tan espectacular llamó poderosamente la atención de los profesores, especialmente de Francisco Giner de los Ríos.

Aunque no podemos extendernos ahora en este tema, para valorar lo que supuso la educación en Costa hay que considerar las dificultades que tuvo que vencer. En primer lugar, la pobreza, las estrecheces económicas que le hacían lamentarse de no tener papel para escribir, de no disponer de velas con las que alumbrarse o calzón que ponerse para salir de casa. En segundo lugar, la enfermedad que se manifestó en su juventud, una atrofia progresiva de sus músculos que le impedía realizar acciones cotidianas como descubrirse para saludar, comer con la mano derecha, escribir o subir las escaleras. En tercer lugar, su propia procedencia social que en nada se parecía a la de los estudiantes universitarios de la época, jóvenes de buena familia que pertenecían a un universo diametralmente opuesto al de Joaquín Costa.

Lo que la educación representó en la vida de Costa está resumido en la radical declaración que hizo en su diario de juventud: «Si no puedo estudiar, no quiero vivir». La educación fue su gran aventura. Costa llegó a ser quien fue por la educación, por su voluntad de entenderlo todo. Tuvo la valentía de querer saber. No se resignó y por eso quiso estudiar. Esta pasión por el estudio y por el

⁸ El expediente de Joaquín Costa de la Escuela Normal de Maestros de Huesca fue editado por Gloria Medrano en 1983. MEDRANO, Gloria, *Joaquín Costa, alumno de la Escuela Normal de Huesca. Exámenes y documentos*. Edición facsímil, Zaragoza, Escuela Universitaria del Profesorado de EGB, Universidad de Zaragoza, 1983.

conocimiento, su afán por entender el mundo en que vivía es, precisamente, el gran legado de Joaquín Costa. Lo más importante es que hizo del saber, de la cultura y del conocimiento el referente de su vida. Y esta determinación explica todo lo que Costa fue después.

Entre los mitos que conviene revisar está, desde luego, el de la imagen de Costa porque cuando se considera la enfermedad y la pobreza que condicionaron su existencia, cuando se piensa en las dificultades que Costa hubo de superar es difícil reconocer al nuevo Moisés, al maestro, al León de Graus⁹.

Joaquín Costa conservó durante toda su vida la capacidad de asombro, la curiosidad infinita y el deseo de aprender de aquel joven que se presentó al concurso mediante el que el Gobierno seleccionaría a doce «artesanos discípulos observadores de la Exposición Universal de París» de 1867. Joaquín Costa hizo las pruebas como albañil, obtuvo la deseada beca y pudo viajar a la capital francesa. Una vez en París no dejó de observarlo todo, de hacer centenares de anotaciones en sus cuadernos, aunque, curiosamente, no hay ninguna mención a la albañilería en sus diarios.

Apenas dedicó los dos primeros días de su estancia en París a visitar las bellezas arquitectónicas de la capital. El tiempo restante lo empleó en examinar las muestras expuestas para conocer los avances científicos que mejoraban las condiciones de vida de los obreros y campesinos y ver la manera de ensayarlos en España. Sabemos que recogió, a escondidas, semillas de Estados Unidos, Egipto, Turquía, Grecia, Portugal, Rusia, Bélgica, Austria, Rumanía..., «un pequeño museo agrícola» que le costó –según confesión del propio Costa– mucho trabajo reunir: «todo el día haciendo cucuruchos como a escondidas, y por la tarde cargados los bolsillos de peso para llevarlo a casa y clasificarlo»¹⁰. El interés de Joaquín Costa por la botánica, por la enseñanza de la agricultura como un instrumento de mejora y de progreso para los campesinos estuvo presente siempre en su vida. Manuel Ontañón recuerda en sus *Memorias* que

⁹ Este es uno de los argumentos centrales del folleto «Si no puedo estudiar, no quiero vivir», que he redactado para el tercer número de la colección Encartes del Museo Pedagógico de Aragón (marzo, 2011) titulado *Ideas apuntadas sobre Joaquín Costa. (En el centenario de su muerte)*, Zaragoza / Huesca, Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón / Museo Pedagógico de Aragón.

¹⁰ CHEYNE, G. J. G. (1971), *Joaquín Costa. El gran desconocido*, Barcelona, Ariel, pp. 47-48. Fruto de las experiencias y las reflexiones de los nueve meses que Joaquín Costa pasó en París fue su primer libro titulado *Ideas apuntadas en la Exposición Universal de 1867 para Huesca y para España*, Huesca, Imprenta de Antonino Arizón, 1868.

siendo niño Joaquín Costa pasó unos días con su familia en Reinosa y cuenta una deliciosa anécdota que refleja el talante pedagógico de Costa y su interés por la botánica:

Los últimos días que estuvimos llegó D. Joaquín Costa, que quería ver el nacimiento del Ebro y que sabía estábamos allí [en Reinosa, 1902]. Le buscamos alojamiento en nuestra misma casa... Llegó el Sr. Costa y hubieron de hacer alguna modificación en la casa. La gran mesa en que trabajábamos tuvo que ponerse más alta, porque resultaba demasiado baja para él, y con unos tacos puestos debajo de las patas se resolvió aquel problema. Otro problema era el de la comida; la Sra. Fermina no hacía más que comidas sencillas y una tortilla a la francesa, por ejemplo, no llegaba a hacerla, así que hubo de intervenir mi madre e informar a la elemental cocinera en algunos platos y condimentos más complicados. Teníamos un herbario en el desván, puestas las plantas entre hojas de papel de estraza y comprimidas entre dos tableros con unos grandes pedruscos. Cada vez que había que meter algún nuevo ejemplar ocurría una especie de terremoto al hacer rodar las piedras compresoras. Un día estando el Sr. Costa hablando con mis padres oyó el estrépito del desván y preguntó que era aquello. Al enterarse, quiso ver el herbario y lo bajamos. Me parece estar viendo el poderoso busto del Sr. Costa emergiendo de la mesa y nosotros tres delante en el otro lado del mueble oyendo sus comentarios, y mis padres cerca de nosotros gozando de aquel espectáculo. Sabía muchísimo de todo, y de cada planta decía alguna cosa. Recuerdo que estuvimos a punto de estropear el acto al hablar de que algunas flores se llevaban en el siglo XVIII, cuando las señoras llevaban talle alto y se tocaba aquello de... y se puso a tararear una gavota de Glück y a nosotros nos empezó a entrar la risa. En aquella misma ocasión nos contó que hubiera sido ingeniero agrónomo por su gusto y que cuando era pequeño encontró en su casa un libraco antiguo con fórmulas agrícolas, una de estas era la manera de tener melocotones sin hueso, y consistía en horadar la rama en que se desease obtener aquella ventaja. Decía que él buscó una navaja vieja y, a punto de clavarse una mano, hizo la operación y los melocotones tuvieron el hueso tan grande como otros años o mayor¹¹.

¹¹ Fragmento de las memorias inéditas de Manuel Ontañón. José Manuel Ontañón, el hijo de la maestra aragonesa María Sánchez Arbós, me envió dos fragmentos de las memorias de su padre en las que hace alusión a Joaquín Costa. Manuel Ontañón era hijo de uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza, José Ontañón, quien escribió algunos artículos de autoría compartida junto a Joaquín Costa en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*.

LAS IDEAS PEDAGÓGICAS DE COSTA

La reflexión sobre la educación estuvo presente siempre en los escritos de Costa. En 1866, en su primer discurso en el Ateneo Oscense, ya habló del valor de la educación. Defendió la formación integral del ser humano; la educación permanente y la educación de la mujer; la utilización práctica del medio como elemento educativo (se detenía en la utilidad de las colmenas, la cría de animales, el huerto escolar...); proponía la creación en los pueblos de museos y de gabinetes de Historia Natural y la publicación de un periódico escolar. Estas ideas chocaban frontalmente con la utilización de catecismos, recitados de memoria, horas y horas de tediosa copia, prácticas habituales y muchas veces exclusivas de la escuela de la época.

En 1867 mandó desde París un artículo a *El espíritu católico* (Huesca), en el que destacaba la labor que podían desarrollar los sacerdotes en los pueblos encargándose de la enseñanza de adultos y del establecimiento de medios que mejoraran la condición física y moral de los individuos. En 1869 defendió en *La Voz del Magisterio* (Huesca) las excursiones como procedimiento idóneo para adquirir conocimientos relacionados con la realidad. Además, proponía la celebración de conferencias para adultos sobre moral, educación, higiene y economía doméstica; concluía proponiendo la organización de misiones pedagógicas.

En 1871 escribió *Ensayo y fomento de la educación popular*, texto que presentó a un concurso de la Sociedad Matritense de Amigos del País para responder al tema «Método de propagar la instrucción primaria en las poblaciones agrícolas y en las clases jornaleras». Proponía educar, en primer lugar, a los padres. Cuando estos supieran leer, no dejarían que sus hijos fueran analfabetos. Insistía nuevamente en la idea de las misiones pedagógicas. Solicitaba sueldos dignos para los maestros; preparación superior del profesorado de todos los niveles; renovación metodológica; aumento del presupuesto para educación...

Costa intervino en el *Congreso Nacional Pedagógico* celebrado en Madrid en mayo de 1882 representando a la Institución Libre de Enseñanza (ILE). En una intervención improvisada, sustituyendo a Rafael Torres Campos, Costa defendió la transformación radical de la escuela: «La escuela se mantiene sobre el mismo pie, conserva la misma organización que venía teniendo desde los días de Quintiliano, [...] hay que ir a la secularización total, absoluta, de la antigua escuela..., que todo el territorio debe ser escuela mientras no pueda serlo todo el planeta»¹².

¹² Además de en las Actas del Congreso, las aportaciones de Joaquín Costa también pueden consultarse en PUIG CAMPILLO, Antonio, *Joaquín Costa y sus doctrinas pedagógicas*, Valencia, Prometeo, 1911, pp. 27-63.

Destacó la importancia de los sentidos y de la intuición en educación: «Intuición –estableció Costa– significa vista propia, auténtica del objeto mismo que trata de estudiarse». Por eso en la Institución Libre de Enseñanza se estudiaba la Geografía partiendo del croquis de la escuela, de los planos de las calles adyacentes, del pueblo entero, de la provincia, etc. Los niños aprendían en círculos concéntricos... En la Institución profesores y estudiantes hacían paseos de hasta 42 kilómetros diarios para volver cargados de piezas y de plantas. El niño debe estudiar la realidad que le rodea.

Costa defendió una vez más la utilidad del museo escolar, un museo que no debía comprarlo la escuela. El verdadero valor del museo radicaba en que eran los niños quienes debían hacerlo recogiendo y clasificando semillas, hojas, insectos, plumas, fósiles, piedras, tierras, abonos, materias primas, productos industriales, estampas, objetos de arte, dibujos de monumentos, inscripciones...

El objetivo último de las propuestas de Costa era terminar con la antigua escuela, llevar al convencimiento de profesores y responsables de la política educativa la necesidad de que penetrara la vida en las aulas y que maestros y niños salieran fuera de los muros de la escuela para encontrar en la realidad los contenidos que debían aprenderse¹³. Por eso Joaquín Costa –y la Institución Libre de Enseñanza– otorgaba tanto valor a las excursiones que ponían al niño en contacto con el ambiente social y natural. Por medio de las excursiones escolares se había logrado sustituir la enseñanza árida, a veces repulsiva, del libro y de la cátedra por la enseñanza de ese otro libro animado y viviente: la naturaleza y la sociedad¹⁴.

Entre las experiencias más determinantes en la vida de Joaquín Costa tenemos que destacar su relación con la Institución Libre de Enseñanza y, concretamente, con Francisco Giner de los Ríos¹⁵. Entre los miembros de la Junta

¹³ Como se sabe esta es la misma crítica que se hacía en aquel momento en Europa a la «escuela tradicional», basada en la rutina, la pasividad del niño, la repetición y el aprendizaje memorístico. Esta crítica fue el origen de un movimiento de renovación pedagógica denominado Escuela Nueva que terminó transformando, durante el primer tercio del siglo XX, la concepción del niño, del trabajo de los maestros y de la escuela como institución.

¹⁴ COSTA, Joaquín, «Método intuitivo en las escuelas primarias», Actas de las sesiones celebradas en el Congreso Nacional Pedagógico de 1882, y también publicado en *Maestro, escuela y patria (notas pedagógicas)*, Madrid, Biblioteca Costa, 1916, pp. 169-196.

¹⁵ Sobre la Institución Libre de Enseñanza pueden consultarse: MOLERO PINTADO, Antonio, *La Institución Libre de Enseñanza. Un proyecto de renovación pedagógica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000; las obras de Antonio Jiménez Landi –que se citan más adelante– o el documentadísimo estudio de PORTO UCHA, Ángel S., *La Institución Libre de Enseñanza en*

Facultativa de la Institución ya se encontraba Joaquín Costa que fue, precisamente, quien presentó a su compañero de estudios, Manuel Bartolomé Cossío, al profesor Francisco Giner de los Ríos. Cuando se suscitó la segunda cuestión universitaria, provocada por la Circular de Orovio, Costa había iniciado su carrera universitaria, pero tras cuatro meses y veinte días, renunció al título de profesor auxiliar de la Universidad de Madrid, por solidaridad con Francisco Giner¹⁶. En 1880, Joaquín Costa se integró en la ILE, donde enseñó Historia y se encargó de dirigir el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza (BILE)*.

La relación de Joaquín Costa con Giner de los Ríos trascendió el plano meramente intelectual o profesional. El 11 de enero de 1878, Costa dirigió una carta a Giner solicitando un consejo personal: «V. que posee el don de consejo, y que es acaso mi único amigo, habrá de tomarse el trabajo de asistirme con sus luces en un asunto delicado que solo con V. y con otra persona distante también de aquí puedo consultar»¹⁷. En esta carta se nos muestra un Joaquín Costa radicalmente humano. Se había enamorado de Concepción Casas y su padre, un médico conservador de Huesca, se oponía a esta relación. Le acusaban de hacer propaganda de la Institución, donde se daban enseñanzas contrarias a la doctrina católica.

En 1883 Joaquín Costa ya no formaba parte de la plantilla de la ILE. Los profesores tenían otros medios de vida, una cómoda situación económica, muy alejada de la realidad de Costa. A pesar de este distanciamiento, Francisco Giner de los Ríos le pidió siempre opinión sobre temas educativos.

La influencia de Joaquín Costa en Giner resulta evidente. Costa era más realista que Giner quien, en principio, planteó la ILE como alternativa a la

Galicia, A Coruña, Edición do Castro, Sada, 1986. También resultan muy esclarecedoras dos obras sobre Cossío: RUIZ BERRIO, Julio, TIANA FERRER, Alejandro y NEGRÍN FAJARDO, Olegario, *Un educador para un pueblo. Manuel B. Cossío y la renovación pedagógica institucionista*, Madrid, UNED, 1987, y OTERO URTAZA, Eugenio, *Manuel Bartolomé Cossío. Trayectoria vital de un educador*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Amigos de la Residencia de Estudiantes, 1994.

¹⁶ Para valorar el alcance de la estrecha relación que mantuvieron Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos puede consultarse: CHEYNE, George J. G., *El don de consejo. Epistolario de Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos (1878-1910)*, Zaragoza, Guara Editorial, 1983.

¹⁷ CHEYNE, George J. G., *El don de consejo. Epistolario de Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos (1878-1910)*, op. cit., pp. 30-35. Una reproducción facsímil del borrador de esta carta puede encontrarse –junto con otros diez documentos relativos a Costa– en la carpeta *Ideas apuntadas sobre Joaquín Costa. En el centenario de su muerte*, editada en 2011 por el Museo Pedagógico de Aragón en la colección «Encartes del Museo Pedagógico de Aragón».

Universidad. Después se dio cuenta de que había que empezar por los niveles más elementales: había que atender la escuela primaria, la segunda enseñanza, las escuelas populares, las clases nocturnas, las escuelas de adultos.

En 1899, tras el Desastre del Noventayocho, Costa volvió a destacar que la inversión en educación y en una adecuada formación del magisterio era el único camino para superar la crisis y el pesimismo en el que España estaba sumida:

La mitad del problema español está en la escuela [...] El problema de la regeneración de España es pedagógico tanto o más que económico y financiero, y requiere una transformación profunda de la educación nacional en todos sus grados. Lo que España necesita y debe pedir a la escuela, no es precisamente hombres «que sepan leer y escribir»: lo que necesita son hombres; y el formarlos requiere formar tanto el cuerpo como el espíritu, y tanto más que el entendimiento, la voluntad. Necesita: la conciencia del deber, el espíritu de iniciativa, la confianza en sí propio, la individualidad, el carácter; [...] la educación física y moral, la guerra al intelectualismo, los medios socráticos-intuitivos, la compenetración con la sociedad [...]; tal debe ser [...] el objetivo de la escuela nueva [...]¹⁸.

Cinco años antes de su muerte, Costa escribió el discurso de clausura de la Asamblea Municipal Republicana titulado «Los siete criterios de gobierno» y que Eloy Fernández Clemente ha considerado como el testamento pedagógico de Costa:

Renovar hasta la raíz las instituciones docentes, orientándolas conforme a los dictados de la pedagogía moderna, poniendo el alma entera en la escuela de niños y sacrificándole la mayor parte del presupuesto nacional, [...] ya que la redención de España está en ella o no está en ninguna parte; mejorar el personal de maestros existentes [...]; elevar la condición social del maestro [...] Hacer desaparecer en pocos años el analfabetismo y las deficiencias de la educación actual [...] Prender fuego a la vieja Universidad, fábrica de licenciados y proletarios de levita, y edificar sobre sus cimientos la Facultad moderna, cultivadora seria de la ciencia, despertadora de las energías individuales, promotora de las invenciones. Fundar colegios españoles en los principales centros científicos americanos y europeos, [...] para estudiantes y de catedráticos españoles, inspectores de primera enseñanza, físicos y químicos, mecánicos, ingenieros, marinos, constructores navales, mineros, hacendistas, clérigos, jurisconsultos, agrónomos, médicos, filólogos, militares [...], a fin de que dos o tres centenares de ellos todos los años vayan a estudiar y saturarse de ambiente

¹⁸ CHEYNE, George J. G., «Joaquín Costa y la educación», en GIL NOVALES, Alberto (ed.), *Ensayos sobre Joaquín Costa y su época...*, op. cit., p. 139.

.....

européo y lo difundan luego por España en cátedras, escuelas, libros y periódicos, en fábricas, campos, talleres, laboratorios y oficinas, y contribuyan luego a su mejora e incremento¹⁹.

BALANCE. LAS IDEAS PEDAGÓGICAS DE JOAQUÍN COSTA CIENT AÑOS DESPUÉS

En primer lugar, conviene dejar establecido que cien años después de la muerte de Costa su pensamiento pedagógico no puede dar respuesta a los problemas que la sociedad actual tiene planteados. Hemos superado cualquier propuesta que Costa hubiera deseado. Tenemos un sistema educativo mejor, una sociedad infinitamente más justa y más libre. Por supuesto, tenemos evidentes retos ante nosotros. La justicia, la libertad que procura la educación es una tarea permanentemente inacabada.

La lectura de los textos de Joaquín Costa sigue planteándonos hoy sugerencias muy interesantes desde el punto de vista educativo. En un tiempo de urgencias no siempre bien entendidas quizá la solución no esté en ahorrar, en eliminar gastos, sino, paradójicamente, en gastar a manos llenas, como ya reclamaba Manuel Bartolomé Cossío, en educación, en formación del profesorado, en bibliotecas, en estancias de profesores y estudiantes en el extranjero. Hoy sigue siendo urgente que ningún talento se pierda. Nuestras escuelas –desde las aulas de educación infantil a la Universidad– tienen que abrirse a la sociedad porque la vida tiene que entrar a raudales en las instituciones docentes para que no sean, como denunciaba Costa, «invernaderos donde vegeten los estudiantes como plantas aisladas». Es necesario mejorar los procedimientos de evaluación del aprendizaje para superar la trivialización del conocimiento –dividido no ya en asignaturas, sino en «parciales» y en exámenes que representan, simplemente, una sucesión de obstáculos a superar–. Necesitamos recuperar la ilusión del profesorado y la confianza de la sociedad en la educación. Hoy sigue siendo preciso poner a los niños y a los jóvenes en contacto con todo lo que ha atesorado la humanidad a lo largo de la historia. Hoy sigue existiendo un manifiesto divorcio entre lo que los jóvenes viven fuera de las aulas y lo que pueden encontrar en ellas. Hoy más que nunca merece la pena recuperar el discurso de un aragonés que creía en la escuela como «áncora de salvación».

¹⁹ Cit. en FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, *Estudios sobre Joaquín Costa...*, op. cit., pp. 95-96.

Se han hecho en estos últimos cien años lecturas interesadas y parciales de la vida y de la obra de Joaquín Costa²⁰. Se han silenciado, interesadamente, algunos episodios de su vida o nos han transmitido una imagen simplemente anecdótica, fragmentada y tópica de la biografía de un personaje complejo, que vivió en un momento histórico caracterizado por la crisis permanente.

La conmemoración del centenario de la muerte de Joaquín Costa nos debería devolver la ilusión por la educación. Deberíamos recuperar la convicción que tuvo Costa de que la educación es lo que más importa, lo que explica el desarrollo de una sociedad.

Hay entre nosotros quienes se asoman a la historia para decir que no hay nada nuevo, que esto ya lo decía Sócrates, Abelardo, Leonardo da Vinci o Joaquín Costa. También se dice que está todo inventado y que no hemos progresado nada. Afortunadamente esas lecturas tan pesimistas no son ciertas. Hemos avanzado mucho. Hemos avanzado hasta límites que Costa no hubiera podido imaginar. Por eso no podemos recurrir a los textos de Joaquín Costa para encontrar la respuesta a los problemas que hoy tenemos planteados. Afortunadamente, en el último siglo han cambiado tanto las escuelas –y la sociedad y el país– que Costa apenas lo reconocería. Hemos alcanzado durante estos últimos cien años unas cotas de justicia y bienestar que distan de las que conoció Joaquín Costa. Tenemos una sociedad mejor y un sistema educativo infinitamente más justo, más desarrollado y más equitativo.

Aunque entre todos hemos conseguido metas impensables para los hombres que vivieron en el tiempo de Costa, hay algunos retos que tenemos permanentemente ante nosotros. Y es en este terreno en el que podemos releer a Costa, recuperar su legado, contar su ejemplo a los jóvenes y a los niños en las escuelas.

El legado de Costa es su pasión por el conocimiento –«si no puedo estudiar, no quiero vivir», escribió en uno de sus diarios de juventud–, su convencimiento de que la escuela, la educación, la formación profesional, la educación de adultos son la única solución para la crisis. Ha cambiado el contexto, pero tenemos, quizá, problemas parecidos para los que hay que buscar las mejores soluciones. Estas pasan, seguro, por la creatividad, por aumentar las inversiones en la educación de todos.

²⁰ ARA TORRALBA, Juan Carlos, «El Costa de Luis Antón del Olmet, o la interesada biografía al uso de un exdatista», estudio introductorio a *Los grandes españoles, Costa*, Madrid, 1917 disponible en <http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/30/27/costaolmet.pdf>.

Hace cien años Joaquín Costa defendía la creación de museos y bibliotecas, la celebración de misiones populares, la necesidad de extender la enseñanza de la agricultura para mejorar las condiciones de vida de un país mayoritariamente rural. Asimismo, creía que la educación era más necesaria y urgente que la instrucción. También defendió la intuición, la enseñanza activa y la importancia del medio en la formación del sujeto.

A pesar de lo que hemos avanzado, o quizá justo por eso, tenemos ante nosotros evidentes retos. Me detendré en uno de ellos: la nueva alfabetización que debe hacerse desde las escuelas como consecuencia de la presencia de las tecnologías de la información y de la comunicación (TIC) en la vida cotidiana de cualquier ciudadano y, sobre todo, de las consecuencias que para la educación, la socialización y la conciencia de los individuos tiene la extensión de la red, un tejido cada vez más envolvente que, como han sostenidos muchos autores nos da libertad al tiempo que nos atrapa, condenándonos a vivir enredados en sus hilos invisibles.

Hoy más que nunca es urgente formar personas críticas capaces de liberarse de la tiranía de «los señores del aire»²¹, los nuevos señores feudales que controlan los contenidos de la red y que, al mismo tiempo, son los dueños de las grandes compañías dedicadas a la comunicación: la prensa, las editoriales, las emisoras de radio, las televisiones, las productoras de televisión...

Frente al optimismo ingenuo de quienes sostienen acríticamente que las tecnologías solucionarán problemas que la sociedad tiene planteados —aquellos a quienes Umberto Eco en un ensayo clásico denominaba «los alegres primos de los reyes mayos»²²—, las redes, la extensión de las TIC también puede convertirse en un nuevo factor de desigualdad. Corremos el riesgo de que se amplíe la brecha digital, que se convierta en una distancia infranqueable entre quienes vivimos en el primer mundo y nos beneficiamos de las ventajas que nos ofrecen

²¹ ECHEVARRÍA, Javier, *Los señores del aire. Telépolis y el tercer entorno*, Madrid, Destino Editorial, 1999. La cita es extensa, pero merece la pena recogerla: «Así como los señores feudales del Medievo luchaban por extender sus dominios y conquistaban físicamente territorios, fuese a través de operaciones militares o de pactos matrimoniales, así también los nuevos señores feudales intentan controlar redes y componentes del tercer entorno, luchando entre sí y estableciendo alianzas que pasan por la fusión, la concentración de empresas o los pactos estratégicos. Forzando la comparación, cabe decir incluso que las antiguas Casas Reales son ahora Consejos de Administración, con sus consiguientes alianzas y rupturas. Uno de sus objetivos prioritarios es conseguir el máximo número de usuarios (antes siervos) en la actividad concreta a la que cada empresa se dedica» (p. 181).

²² ECO, Umberto, *La estrategia de la ilusión*, Barcelona, Lumen, 1986.

las tecnologías y los desfavorecidos que no han hecho nunca una llamada de teléfono o sobreviven con menos de un euro al día.

Asistimos a una tiranía de los medios de comunicación que imponen modas, visiones del mundo, ideología, valores, etc. Hoy tenemos la mirada secuestrada, los medios de comunicación viven nuestras vidas. Por eso es urgente educar para esta sociedad mediatizada en la que lo bueno, lo justo, lo bello está más escondido que nunca. Bajo una apariencia de libertad –podemos elegir entre decenas de canales de televisión– estamos más sometidos y más controlados que en ninguna otra época.

La extensión exponencial de la red ha propiciado la aparición de un nuevo entorno: Telépolis, que crece de un modo imparable, hasta tal punto que las redes, y concretamente Internet, han configurado una nueva sociedad, una nueva era o una nueva galaxia porque han supuesto una revolución cultural, científica y social tan determinante como la que ocasionó la invención de la imprenta. Así como la difusión de la imprenta dio lugar a lo que McLuhan denominó *Galaxia de Guttenberg*, hemos entrado ahora en la *Galaxia Internet* y nadie, incluso quienes no desean ningún contacto con las tecnologías de la información y de la comunicación, puede sustraerse a la influencia que en la vida cotidiana de cada uno de nosotros tienen las redes²³.

Hoy las propuestas educativas de Joaquín Costa estarían referidas a las urgencias que ahora tenemos planteadas –como las que formuló hace más de cien años nacían de su reflexión sobre las necesidades de la sociedad en la que vivió–. Posiblemente, Joaquín Costa incidiría en algunas de las cuestiones que brevemente he enumerado y se detendría, seguro, en asuntos tan importantes como la conservación del patrimonio cultural, la proyección de Aragón en el exterior, la necesaria equidad que debe presidir las políticas educativas, los problemas del llamado Tercer Mundo, etc., porque Costa fue –y sería hoy también– un hombre de su tiempo.

²³ CASTELLS, Manuel, *La galaxia Internet*, Barcelona, Plaza & Janés Editores, 2002.